

JJ BENÍTEZ
CABALLO
DE TROYA

4

NAZARET

Sólo la prodigiosa audacia de J. J. Benítez podía materializar un libro como el que usted tiene en las manos.

Hasta estos momentos, ningún otro autor en el mundo se ha atrevido con el faraónico proyecto de descubrir —paso a paso y con un rigor histórico-científico más propio de una tesis doctoral que de una novela— la vida de Jesús. *Nazaret. Caballo de Troya 4* abarca los llamados «años ocultos» del Maestro. No existe, hasta hoy, obra alguna que dibuje la aldea de Nazaret y sus gentes como el presente documento.

En una sucesión de peripecias —más cercanas al cine que a la literatura—, el mayor de la USAF que investiga la encarnación de Jesucristo en la Tierra reconstruye una de las más oscuras y fascinantes etapas del que fue carpintero, jefe de un almacén de aprovisionamiento de caravanas, maestro, forjador e impenitente viajero. Todo un período —de los catorce a los veintiséis años— decisivo para comprender en su justa medida la experiencia humana del Hijo de Dios.

Un trascendental capítulo, ignorado por los evangelistas, que no le dejará indiferente. Y una recomendación.

Por su propio bien, haga un esfuerzo y sea fiel al hilo de la narración. Por nada del mundo se adelante a leer el final.

*A Tirma, Lara, Raquel, Satcha e Iván,
que sufrieron los ciento cinco días
de gestación de esta obra*

EL DIARIO (CUARTA PARTE)

Debí suponerlo. Después de casi nueve horas de intenso y accidentado viaje, aquel respiro no era normal. Y al pisar el polvoriento sendero que se empinaba hacia la blanca y próxima Caná, el optimismo de los peregrinos se hizo humo, perdiéndose en el borrascoso y amenazante cielo de aquel lunes, 24 de abril del año 30. Y surgió la tragedia. Y quien esto escribe se vio enfrentado a otro amargo trance...

Con toda seguridad, nada de aquello habría acontecido si el confiado Bartolomé, en lugar de detener su desigual paso, hubiera proseguido hacia la ya inminente y ansiada aldea, punto final del viaje. Pero ¿quién tiene en su mano modificar los designios de la Providencia?

Días más tarde, al retornar al módulo y someter el minúsculo disco magnético alojado en la sandalia «electrónica» al proceso de lectura y decodificación, Santa Claus, nuestro ordenador central, ratificó con escrupulosa minuciosidad el lugar exacto donde se registró el lamentable incidente: a 19 kilómetros y 500 metros del lago de Tiberiades.

En dicho paraje, a la vista de su ciudad natal, Bartolomé (Natanael), en una muy humana y comprensible explosión de júbilo, detuvo sus cortas e inseguras zancadas. Alzó los brazos y, al caer sobre los hombros, las amplias mangas de la túnica dejaron al descubierto unas extremidades tan menguadas como velludas y musculosas. Y girando sobre los talones nos sorprendió con una de sus inconfundibles sonrisas: franca, interminable y enturbiada por una dentadura negra y ulcerada.

Juan Zebedeo, la Señora y este explorador agradecieron la inesperada pausa. Y Bartolomé, encarándose a los cielos, clamó con gran voz:

—Las puertas se revuelven en sus quicios..., así el perezoso en su cama..., y tú, Caná, sobre la dorada abundancia..., pero te amo.

Conforme fui penetrando en la vida de aquellos hombres —los llamados «íntimos» de Jesús—, mi sorpresa creció sin medida. Natanael era el ejemplo más cercano. Culto, filósofo y con un singular sentido del humor, acababa de hacer suyo un símil didáctico del libro de los *Proverbios*, redondeándolo sin pudor. Pero no debo desviarme...

Quizá fueran ya las cuatro de la tarde. El caso es que María, la madre de Jesús, aprovechando el breve descanso, fue a depositar el reducido hato de viaje sobre las puntas de sus polvorientas sandalias de cuero de camello. Y advirtiendo la proximidad de Caná, en un gesto típicamente femenino, procedió a ordenar y alisar los generosos, negros y discretamente nevados cabellos. Dejó escapar un largo suspiro y, por casualidad, el verde hierba de sus hermosos ojos almendrados fue a descubrir algo entre el manso y dorado oleaje de los trigales, a la izquierda de la senda que nos conducía. No dudó. Y tampoco preguntó. Aquél era su estilo: decidido y, en ocasiones, peligrosamente irreflexivo. Esta forma de ser de la Señora había constituido un casi permanente manantial de conflictos. Su Hijo primogénito, entre otros, como espero ir narrando, fue testigo de excepción de cuanto afirmo.

Al principio, ni el complacido Zebedeo ni el eufórico Bartolomé prestaron excesiva atención al súbito alejamiento de María. Pero este explorador, atento siempre, casi en perpetua tensión, fascinado por cada palabra o movimiento de aquellos personajes, la siguió con la mirada, intrigado.

Con su nervioso caminar, la Señora se situó en la linde del tragal. Y durante algunos segundos permaneció absorta en un cimbreante corro de flores, nacido al socaire de las altas y prometedoras espigas de trigo duro. Acto seguido, segura de su descubrimiento, se dejó caer lenta y suavemente, hasta que las rodillas tocaron la roja arcilla. Y con destreza, su mano izquierda fue arrancando unos primeros manojos de flores. Los aproximó al rostro y, entornando los

ojos, aspiró profundamente. ¡Cuán ajenos estábamos a lo inminente de la tragedia!

Y en un generoso deseo de compartir su hallazgo nos mostró el cuajado ramillete de flores blancas.

—¡Son lirios! —exclamó alborozada.

Su alegría estaba justificada. Este tipo de flor silvestre — *shoshan*, según los textos bíblicos—, que crece en la Galilea y en el monte Carmelo, simbolizaba la belleza. En aquel tiempo, esta delicada y aromática flor era asociada a la buena suerte y a unas muy especiales cualidades espirituales. El *Libro de los Reyes* (I) (7, 19-26), el *Cantar de los Cantares* (2, 1-2) e *Isaías* (35, 1-2), entre otros, la mencionan y enaltecen. El propio Jesús habló de su especial significación^[1]. En esta ocasión, sin embargo, el descubrimiento del *lilium candidum* no fue presagio de buena fortuna. Todo lo contrario.

Una sonrisa fue la amable respuesta del Zebedeo al tierno comentario de María. Pero siguió a mi lado. En cuanto a mí, tentado estuve de salvar los tres o cuatro metros que nos separaban de la Señora y colaborar en la recogida de los lirios. Sin embargo, Bartolomé, como si hubiera adivinado mis intenciones, tomó la iniciativa, precipitándose hacia el trigal. Se liberó del engorroso manto o *chaluk* y, feliz como un niño, fue a inclinarse sobre las flores, apresando, no sólo los lirios, sino también las moradas y azules anémonas, así como los abundantes y escarlatas ranúnculos que crecían parejos. Ahora tiemblo al imaginar lo que podría haber sucedido si me hubiera adelantado al romántico Natanael...

Me disponía a interrogar al joven Zebedeo en torno al posible destino de tan copiosos ramos cuando, de improviso, Bartolomé profirió un ahogado gemido. Se incorporó veloz, soltando el ramillete. Y, ante el desconcierto general, desenvainó su *gladius*, lanzando un poderoso mandoble contra el escondido terreno. Entre los tallos tronchados, una nubecilla de polvo se elevó fugaz sobre las espigas,

moteando la blanca túnica del discípulo. María, a dos metros escasos, palideció. Juan y yo nos miramos alarmados, sin comprender.

El golpe, propinado con ambas manos, fue tan violento que el hierro quedó clavado en la arcilla. Sin embargo, en lugar de recuperar el arma, Bartolomé dio media vuelta y, tambaleante, se dirigió hacia nosotros. Me asusté. Los ojos aparecían desorbitados, vidriosos y su faz, como la de la Señora, se había tornado lechosa. Y aterrorizado extendió las manos hacia el Zebedeo, en una muda petición de auxilio...

Hoy, al rememorar estas escenas y su carga de dramatismo, vuelvo a formularme la gran pregunta: «¿Estábamos preparados para un “viaje” de esta naturaleza?». Más aún: ¿es posible hallar a alguien con la sangre fría suficiente como para limitarse a observar, sin ceder a la natural inclinación de ayudar a sus semejantes? Nuestro entrenamiento, de eso no cabe duda, era excelente. Quien esto escribe había sido puesto a prueba durante las amargas horas del prendimiento, torturas y ajusticiamiento del rabí de Galilea. Pero, aun así, las tentaciones y las dudas brotaban a cada instante. Éste era el problema. Pues bien, a la vista de lo que nos tocó vivir en aquel segundo y tercer «saltos» en el tiempo, estoy convencido de que, a la larga, si estos «viajes» se repiten, los frutos pueden ser nefastos. Lo ocurrido a poco más de dos kilómetros de Caná y en el resto del viaje fue todo un aviso. Dicho queda.

Juan, intuyendo el problema, se abalanzó hacia el descompuesto Natanael. También María acudió en su ayuda. En cuanto a mí, perplejo y sin saber a qué atenerme, permanecí en mitad del camino, aferrado a la «vara de Moisés» y, supongo, con una perfecta cara de estúpido...

Pero, ahora que lo pienso, observo con desolación que he vuelto a alterar el orden cronológico de esta nueva aventura. Es menester que este apresurado diario refleje los hechos tal y como sucedieron y, muy especialmente, en el

orden estricto en que se manifestaron. Así debe ser, en beneficio de la verdad. Solicito, pues, disculpas al hipotético lector de estas memorias. Fueron tantos y tan sugestivos los sucesos que nos tocó vivir que, como en esta ocasión, tengo la imperdonable tendencia a trastocarlos. Y aunque lo mío no es escribir, me esforzaré por guardar ese natural e imprescindible orden.

Como venía diciendo, esta utilísima exploración fue acometida muy de mañana. El desembarco en la orilla occidental del *yam*, al sur de la ciudad de Migdal, se efectuó con celeridad y suma discreción. Los relojes de la «cuna» debían marcar las 07 horas y 15 minutos...

Y Natanael, tomando la iniciativa, se puso en cabeza de la expedición, adentrándose en la llanura que nos separaba de Hamâm. Inspiré con fuerza y, dirigiendo una última mirada al lejano promontorio en el que esperaba mi hermano, me situé inmediatamente detrás de Juan, cerrando la escueta comitiva. Una nueva y excitante aventura acababa de empezar.

Como narré en su momento, tras las dos asombrosas apariciones del Resucitado a orillas del mar de Tiberíades, sus discípulos —divididos a causa de la fogosidad de Simón Pedro—, terminaron por pactar. Aguardarían al sábado, 29 de ese mes de abril. Si la tercera y discutida presencia del Maestro no se registraba a lo largo del mencionado *sabbat*, el propio Pedro encabezaría la misión de «proclamar la buena nueva de la resurrección y de la, según ellos, inminente llegada del reino». La jornada anterior —domingo, 23 de abril—, el que muy pronto sería reconocido como «jefe» de un sector del primigenio grupo apostólico, había cometido el atrevimiento de convocar al gentío que se agolpaba a las puertas del caserón de los Zebedeo, en Saidan, a una magna asamblea, en aquella misma playa y a

la hora nona (las tres de la tarde) del referido *sabbat*. «Entonces —les anunció— os hablaré con más calma».

Pobre Simón. Su sorpresa, ese día y en esa multitudinaria reunión, sería épica.

La suerte, por tanto, estaba echada. Y los íntimos, de común acuerdo, optaron por aprovechar aquellos días de teórica inactividad para visitar a sus olvidadas familias o, sencillamente, reponerse de los recientes y dolorosos acontecimientos acaecidos en Jerusalén. Esta circunstancia, no prevista por Caballo de Troya, vendría a enriquecer nuestra misión, permitiendo a quien esto escribe un más fácil acceso a la aldea de Nazaret. La magnífica oportunidad, a pesar de sus peligros y naturales dificultades, podía abrirnos un insospechado campo en el conocimiento de los años ocultos —o supuestamente ocultos— de Jesús. Y la Providencia, una vez más, fue generosa con estos esforzados exploradores...

Como creo haber mencionado, Juan de Zebedeo se brindó a velar por la seguridad de María durante tales jornadas. Y yo acepté encantado la invitación para acompañarles. En cuanto al segundo discípulo, Bartolomé, tal y como referí oportunamente, caminaría a nuestro lado, deteniéndose en su ciudad de origen: Caná. A la vuelta, prevista para el viernes, 28, Natanael esperaría nuestro obligado paso por la población de sus mayores, retornando al lago en compañía del Zebedeo y de este «pagano», mitad «adivino», mitad «traficante» en vinos y maderas, mitad «sanador»...

Sobre el papel, mi cometido en Nazaret no presentaba especiales complicaciones. Con sumo tacto, eso sí, debería ingeniármelas para reunir un máximo de información, verificando —hasta donde fuera viable— los datos obtenidos hasta esos momentos. No me importa insistir. No discutiré si los llamados evangelistas acertaron o no en su trabajo. Quien se enfrente a estos diarios podrá juzgar por sí mismo. De lo que estoy seguro es de que una auténtica apro-

ximación a la vida y al mensaje del Hijo del Hombre requiere, cuando menos, una visión panorámica de toda su existencia. Mutilar su encarnación, ofreciendo tan sólo los tres postreros años de dicha vida, es injusto e irresponsable. Cuanto nos fue dado averiguar sobre sus primeros treinta y dos años se halla tan cuajado de interés que, amén de resultar atractivo por sí mismo, autoriza a creyentes o no creyentes a dibujar en sus mentes y corazones una silueta de Jesús de Nazaret infinitamente más precisa, cercana y esperanzadora. Si la filosofía y la forma de ser de cualquier humano adulto dependen en gran medida de su educación y entorno familiar, ¿por qué hacer una excepción de un Dios que se hizo igual al hombre? ¿Qué singular simpatía nos produjo comprobar que aquel joven también supo del dolor que se experimenta ante el fallecimiento de un ser querido! ¿Qué emoción al saber de sus estrecheces y penurias económicas! ¿Qué serena dulzura al identificarnos con sus humanas tentaciones, con sus crisis y con su despertar a la vida! ¿Por qué los escritores mal llamados sagrados han negado a las generaciones esos dramáticos años en los que Jesús, muy lentamente, fue adquiriendo conciencia de su naturaleza divina? ¿Por qué olvidar u ocultar el transparente y hermoso amor de Rebeca, la joven de Nazaret, por aquel muchacho?

Esto, y cuanto el Padre Eterno y Misericordioso tuvo a bien revelarnos sobre la «vida oculta» de Jesús de Nazaret, no empañó ni diezmó nuestra visión del Maestro. Al contrario. De ahí mi comprensible indignación con los evangelistas. Pero es hora ya de entrar en materia.

Bartolomé y Juan aceleraron el paso. Era evidente que deseaban alejarse lo antes posible de la orilla occidental del *yam*. El segundo, en particular, inquieto por los recientes sucesos de Saidan, trataba de evitar cualquier clase de encuentro con las gentes del lugar. Entiendo que aquella

esquiva actitud nada tenía que ver con el miedo. En los momentos críticos, el Zebedeo se había destapado como uno de los más valientes, acompañando al Maestro hasta el final. El problema era otro. Desde un principio, en abierta oposición a Pedro, se inclinó por una actuación más cautelosa. Juntamente con Andrés y Mateo Leví había defendido la opción de la «espera». Los hechos eran tan extraordinarios, confusos y vertiginosos que, en buena ley, demandaban una profunda y serena reflexión, antes de pronunciarse en un sentido o en otro. Y aunque nadie podía dudar de su inquebrantable fe en la vuelta a la vida de Jesús, esgrimiendo una encomiable sensatez, quiso ajustarse primero a las órdenes o indicaciones del rabí. Y éstas, obviamente, no se habían producido. El tiempo le concedería la razón.

Y en silencio, tras cruzar las erosionadas lajas de piedra de la calzada romana que facilitaba las comunicaciones en aquella región del lago, nos adentramos en la fértil llanura que resbalaba desde el desfiladero de las Palomas. Natanael, nuestro guía, viejo conocedor del terreno, nos arrastró durante cuatro o cinco minutos a través de un laberinto de senderillos que delimitaba e intercomunicaba una no menos compleja red de huertos y campos de labranza, prolongación, en suma, del «jardín de Guinosar», orgullo de la Galilea.

Al poco, con admirable precisión, el discípulo de Caná desembocaba en un camino de unos tres metros de anchura, polvoriento y alfombrado por un pestilente reguero de excrementos de caballerías y ganado menor. Me detuve un instante. Como en las correrías precedentes por las costas de Cafarnaum y Saidan, la puntual ubicación de referencias geográficas en mi memoria resultaba de esencial interés para un más seguro y eficaz desarrollo de la misión. Y aquel camino, por lo que pude deducir, conducía al sureste. Probablemente, a la vía Maris, en las cercanías de las ruinas de Raqat o de la altiva ciudad de Tiberíades.

Unos diez minutos después nos situábamos a las puertas del *wâdi* o valle de Hamâm, conocido también como el desfiladero de las Palomas. Allí, la senda se partía en dos. Un ramal, angosto y descuidado, arrancaba por nuestra derecha, perdiéndose en dirección noreste. En dicha confluencia, para mi descanso y satisfacción, se erguían dos mojones de brillante basalto negro. Quizá lo que presencié en esos momentos no revista mayor importancia, pero me resisto a olvidarlo. En ocasiones, un simple gesto, como aquél, encierra más fuerza que todo un discurso... Era curioso. A pesar de su dilatada asociación con Jesús y de las excelsas enseñanzas recibidas, la mayor parte de los discípulos seguía alimentando un casi genético desprecio por los romanos. Y no era extraño que lo manifestasen a la menor oportunidad.

La cuestión es que, al llegar a la mencionada bifurcación, Bartolomé, siempre en cabeza, aflojó el paso. El Zebedeo y la Señora le imitaron y, tras una rápida inspección de los alrededores, convencidos de que nadie espiaba sus movimientos, el primero de los discípulos giró el rostro hacia los mojones, lanzando un súbito y certero salivazo contra la piedra. En un primer momento, un tanto perplejo, asocié aquel poco edificante gesto con alguno de los hábitos del guía. Mas, al ser testigo de un segundo salivazo, propinado esta vez por el Zebedeo, mi desagrado se transformó en curiosidad. Y, sin más, reanudaron la marcha.

No necesité explicaciones complementarias. Al pasar ante los mojones entendí la razón de semejante comportamiento. Cada una de aquellas piedras volcánicas, de un metro de altura, orientaba al caminante en una muy concreta dirección. En uno, vaciado en la dura roca, había sido esculpido el nombre de Tiberíades y los estadios que restaban hasta la ciudad: 21 (unos 4,5 kilómetros). El segundo mojón, marcando el ramal que serpenteaba hacia el noreste, advertía de la proximidad de Migdal, situada a cinco estadios (alrededor de un kilómetro). Pues bien, aunque los

mojones y las pertinentes señalizaciones podían haber sido trabajados unos setenta años antes —seguramente en la época en la que el rey Herodes el Grande conquistó aquella zona—, debajo de los respectivos «letreros», una mano diestra y, casi con seguridad, romana, había grabado la efigie del César Tiberio, dueño y señor de la levantisca provincia por la que caminaba.

Sonreí para mis adentros y, acomodando a mi espalda el cada vez más molesto pellejo del agua, apresuré el paso, reintegrándome al grupo.

Santa Claus, días más tarde, ajustaría las mediciones. No obstante, si no erraba en los cálculos, aquella primera etapa (desde la playa a las puertas del *wâdî*) había sido apurada en cosa de quince minutos. No estaba mal para una milla. Aquél, naturalmente, no era el camino habitual entre Nahum y Nazaret o viceversa. Al utilizar la vía marítima, y desembarcar al sur de Migdal, habíamos evitado los ocho kilómetros que separaban la citada Nahum (Cafarnaum) de la ciudad de la Magdalena.

Pues bien, al irrumpir en el *wâdî* Hamâm, el caminar se ralentizó, lógica consecuencia de la progresiva elevación del terreno. Debemos considerar que el nivel del lago de Tiberíades, en aquel tiempo, se hallaba en la cota «menos 212 metros» y que, en breve, nos situaríamos en el del mar Mediterráneo, rebasándolo en más de 40 metros en las cercanías de la aldea de Arbel. Y todo ello en cuestión de dos kilómetros y medio.

El escenario que se abrió entonces ante este emocionado explorador fue, sencillamente, sobrecogedor. Las referencias obtenidas desde el aire no hacían justicia a tales quebradas. En un centenar de pasos, a partir de la bifurcación, el paisaje sufrió una dramática metamorfosis. El vergel que nos recibiera al pisar tierra firme había claudicado, en beneficio de unos riscos afilados y altivos, de paredes verticales y desnudas, ora violetas, ora doradas, que emergían como centinelas. Y a sus pies, hasta donde la Naturaleza

había sido capaz de trepar, unos apretados y verdinegros bosques de terebintos y robles del Tabor. Y en el fondo de semejante desfiladero, sirviéndonos de milagroso guía, aquel torturado camino de polvo y tierra, hecho costra con el correr de los años. Una senda que debía ser abierta y despejada regularmente, ante el imparable y enmarañado avance de la maleza, regada con generosidad por susurran-tes hilos de agua, huidos todos de las alturas. De vez en vez, en los recodos del camino, bandadas de palomas remontaban el vuelo precipitada y ruidosamente, zarandean-do los cañaverales y los macizos de venenosas adelfas. Y perezosamente, con desgana, las charcas en las que habían sido sorprendidas iban recobrando su transparencia. El tableteo de las palomas bravías alertaba a otras colonias de aves que, a su vez, en blancos quiebros, despertaban un eco interminable. Y en una deliciosa locura alada, los inquilinos de la garganta —pesados y negros cuervos, fulminantes vencejos de afiladas colas, azulados y asustadizos ro-queiros solitarios, bisbitas de las montañas, gorriones chillones y emigrantes escribanos cenicientos— planeaban de cornisa en cornisa o de gruta en gruta, alzándose sin es-fuerzo hacia la cima del picacho que gobernaba el quebra-do paraje: el *har* o monte Arbel, de 389 metros de altitud.

A los veinte minutos de marcha de esta segunda etapa, en uno de los más pronunciados repechos (con un desnivel superior a los cuarenta grados), María, sudorosa y jadeante, lanzó un pequeño grito, llamando la atención del hombre de cabeza. Necesitaba descansar y recuperar el aliento. Bartolomé se detuvo entre protestas. Pero el Zebedeo, comprensivo, se deshizo del petate, acudiendo solícito en ayuda de la Señora. Ésta, acomodándose en una de las ro-cas que menudeaban a lo largo de la senda, agradeció el pañolón que acababa de ofrecerle Juan, enjugando el su-dor del rostro y cuello. Y, adelantándome a sus deseos, ex-traje el tapón de madera que cerraba el mugriento y em-breado odre, colmando la escudilla que colgaba del pelle-